

Murambi,
el libro de los huesos

Murambi,
el libro de los huesos
Boubacar Boris Diop



Wanafrica
EDICIONES

Novela

Murambi, el libro de los huesos

Postfacio del autor

Traducción de **Mireia Porta i Arnau**

Título original: **Murambi, le livre des ossements**
Zulma, 2011

©Traducción: **Mireia Porta i Arnau**

Revisión editorial: **Laura Remei Martínez-Buitrago**

Portada: **Andü Abril**

© De la presente edición en castellano para todo el mundo:

Ediciones Wanáfrica S.L.

Comte Borrell, 200 1º 4ª · 08029 Barcelona

www.edicioneswanafrica.com

info@edicioneswanafrica.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-942422-2-9

Depósito legal: 13334 - 2015

Queda prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, sin la autorización por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual. Contacte con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A la madre

A El-Hadj Mama

I

EL MIEDO Y LA RABIA

MICHEL SERUMUNDO

Ayer me quedé en el videoclub hasta un poco más tarde que de costumbre. La verdad es que no hubo muchos clientes a lo largo del día, lo cual es más bien sorprendente en este período del mes. Para entretenerme, me puse a ordenar las películas en las secciones, con la esperanza de que alguien viniera a alquilarme una en el último momento. Luego permanecí de pie durante unos minutos, en el umbral de la tienda. La gente pasaba sin detenerse.

Me gusta cada vez menos este rincón del mercado de Kigali donde me instalé hace nueve años. En aquella época nos conocíamos todos. Nuestros establecimientos formaban un pequeño círculo cerca del cruce. Cuando los clientes eran escasos, al menos podíamos reunirnos a tomar una cerveza, entre amigos, para quejarnos de la dureza de los tiempos. Por desgracia, a medida que iban pasando los meses, toda clase de gente —sastres, verduleros, vendedores de telas, carniceros y peluqueros— tomaron posesión del menor tramo de acera. Terminó en un caos bastante pintoresco y simpático, pero no forzosamente bueno para el negocio.

Hacia las nueve y media, decidí volver a Nyakabanda, casi sin un céntimo en el bolsillo. Al dirigirme a

la estación de autobuses, oí ulular las sirenas y pensé que había otro incendio en los barrios bajos de la ciudad.

Un vehículo de la guardia presidencial estaba aparcado en la entrada de la estación. Uno de los tres soldados, en uniforme de combate, me pidió educadamente el carné de identidad.

Mientras se inclinaba para leerlo, le seguí la mirada. No falló: lo primero que les interesa es saber si se te considera hutu, tutsi o twa.

—Ah, tutsi... —dijo clavándome la mirada.

—Viene marcado, ¿no? —repliqué con una pequeña mueca de desprecio.

Pareció vacilar un poco y luego me devolvió los papeles meneando la cabeza. En el momento en que me iba mascullando, un segundo soldado me llamó. Parecía mucho menos indulgente que su compañero. Señaló mis pantalones y dijo con severidad:

—Primero súbete la bragueta, amigo.

Le obedecí sonriendo tontamente. ¡Qué ridículo!

—¡Oh! Gracias. No me había dado cuenta.

—¿Trabajas en este mercado?

«¡Qué cretino!», pensé.

—Vine aquí a tomar un autobús justamente porque no trabajo en este mercado.

Hablé en tono seco, para demostrarle hasta qué punto encontraba estúpida su pregunta.

—¿Dónde trabajas entonces?

Desde luego, vaya numerito. ¿Por qué ese

«entonces»? Estuve en un tris de preguntárselo, pero no parecía andarse con chiquitas.

—Soy Michel Serumundo, el propietario del videoclub Fontana —contesté procurando parecer modesto.

A pesar de mi clara irritación, enseguida el sentido de los negocios pudo más. Le dije que alquilaba sobre todo películas de guerra. Al fin y al cabo, a los soldados les gustarán los bombardeos, las emboscadas y todas esas cosas. ¿Debía de hablarle también de las películas un poco especiales para adultos? Decidí que no. Me devolvió los papeles. Saltaba a la vista que no estaba muy bien de la cabeza.

Con una palmadita en el hombro, me indicó que me fuera:

—Bueno, vete.

Comprendí más tarde que me había tomado por un loco. Mientras me alejaba, sentí sus miradas intrigadas sobre mí. Me preguntaba qué harían en la entrada del mercado a semejante hora. La pregunta me rondó por la cabeza durante unos instantes. Es cierto que esta parte del mercado de Kigali atrae casi siempre a un gentío muy numeroso. Por consiguiente, interesa a los que ponen bombas. En marzo del año pasado se cometieron aquí dos atentados, uno de ellos provocó la muerte de cinco personas. Aún así, no recordaba haber visto a militares en este lugar fuera de las horas de afluencia. ¿Qué podría significar su presencia por aquí? A lo mejor habían recibido informaciones. Volví a pensar en los aullidos de

las sirenas y empecé a sentirme un poco inquieto.

La estación de autobuses del mercado estaba casi desierta. Entré en el único autocar estacionado. Los pasajeros estaban silenciosos. Al cabo de unos minutos de espera en una atmósfera pesada el conductor llamó a su aprendiz:

— Ya vale. Nos vamos.

Hasta que unos soldados, muy nerviosos, prohibieron a nuestro autocar pasar por delante de Radio Ruanda, no adiviné que no era un día como los demás.

El conductor, que circulaba a toda velocidad, tuvo que frenar en seco ante el cordón. Al instante surgieron soldados por doquier, con los ojos locos. Esos idiotas estaban verdaderamente dispuestos a dispararnos. Reclamaron la documentación al conductor y uno de ellos nos enfocó la cara con su linterna. Se detuvo largo rato en la mía y creí que iba a hacerme bajar.

El otro amonestó rudamente al conductor:

— Oye, ¿no has visto el cordón?

— Perdón, jefe.

El conductor se cagaba en los pantalones. Le temblaba la voz.

Dimos media vuelta, y un señor gordo y bigotudo, con chaqueta azul, soltó con voz fuerte y casi alegre:

— Esta vez van en serio ¿eh?

Esperé, pero no dijo nada más. Pregunté:

— ¿Qué pasa?

El tipo me fulminó con la mirada. De pronto pare-

ció muy furioso conmigo.

—Eso —espetó fríamente sin quitarme la vista de encima—, nos vendrán otra vez con que es un malogrado accidente.

Me hice chiquito en mi rincón. La mayoría de los pasajeros estaban de acuerdo con el señor y repetían que esta vez la cosa no iba a quedar así. Decían que los milicianos armarían un jaleo de mucho cuidado. Se me heló la sangre. Los milicianos interahamwe. Esos tipos tienen una sola razón de vivir: matar a los tutsis. Uno declaró que había visto caer del cielo la bola de fuego.

—Es un mensaje de Dios —aseguró el señor del traje azul.

—¿Sabéis que el avión cayó en el césped de su jardín?

—¿En el césped?

—¿En su jardín?

—¡Sí, en su casa!

—¡Esto es una verdadera señal divina!

—¡Dios quería a este hombre! Todos los jefes de Estado del mundo lo respetaban.

—Son unos envidiosos —agregó otro—. El presidente Mitterrand le regaló el avión y dijeron: como no podemos tener uno así, ¡lo vamos a destruir!

Aparentemente, yo era el único que no sabía que el avión de nuestro presidente, Juvénal Habyarimana, acababa de ser derribado en pleno vuelo por dos misiles, ese miércoles 6 de abril de 1994.

El corazón comenzó a latirme con fuerza y me entraron unas ganas locas de hablar con alguien. Me volví

¹*Interahamwe*. Grupo paramilitar formado en Ruanda durante la guerra civil de 1991, integrado en su mayoría por personas de la etnia hutu, originalmente en apoyo al presidente Habyarimana (del Movimiento Nacional para el desarrollo, MRDN) y contra el avance del Frente Patriótico Ruandés (RPF). En 1994, fueron los responsables del Genocidio de Ruanda. [N. del Ed.]

hacia el vecino de la izquierda, que no había abierto la boca ni una sola vez. Tenía a una niña de cinco o seis años en el regazo. Era encantadora, con su vestido de flores de un rojo escarlata. De hecho, el hombre lloraba discretamente. ¿Sería la muerte de Habyarimana lo que le entristecía tanto? Era posible, pero desde luego me habría extrañado. En general, uno no llora a su presidente cuando la televisión no está allí para filmarlo. La verdad es que los presidentes africanos se las hacen pasar tan canutas a la gente de a pie que, desde luego, no deben hacerse demasiadas ilusiones. Es una simple cuestión de lógica. Sin embargo, el desconocido me conmovió muchísimo.

Mientras se esforzaba en vano por contener las lágrimas, la chiquilla se divertía haciéndole cosquillas en la oreja con una pluma de pájaro y su risita clara resonaba en el autobús.

Cuando dejamos atrás aquel dispensario que se llama, creo, El Buen Samaritano, el conductor giró a la derecha y dijo con aspecto huraño al aparcar:

— Todo el mundo se baja aquí.

— ¿Y mi equipaje? — protestó una mujer que tenía un cesto pesado a su lado.

— Avería del motor — espetó el conductor.

Lo traté de cabrón, pero siguió mirando al frente. Era de una mala fe total.

Luego, dirigiéndose a su aprendiz, le soltó, como con pesar:

— Eh, tú, devuélveles el dinero.

Se moría de miedo desde el incidente frente a Radio

Ruanda y seguramente pensaba que lo más sencillo era irse a casa. La guardia presidencial y la gendarmería estaban por todas partes con sus coches de faros giratorios y los aullidos de las sirenas. Parecía una ciudad en estado de sitio.

Tuve que soportar tres kilómetros a pie para llegar a casa en Nyakabanda. Había grupos de jóvenes que bloqueaban afanosamente las grandes avenidas y la entrada de cada barrio con troncos de árboles, neumáticos, pedruscos y carrocerías de coches. También se veían barreras más clásicas formadas con una simple reja de hierro. Hacían las cosas muy serios y con siniestro empeño, sin demasiado jaleo, iluminándose a la luz de las linternas. A veces discutían acaloradamente acerca del emplazamiento de una barricada. Su jefe llegaba muy deprisa para dar órdenes y todo el mundo reanudaba el trabajo.

Pese a lo tarde que era, Séraphine me esperaba en el umbral de casa, con el rostro grave.

—¿Dónde están los niños? —dije.

—Pierrot es el único que no está.

Él otra vez. Siempre había problemas con ese despistado de Jean-Pierre.

—Voy a buscarlo.

—¿Dónde? —preguntó Séraphine—. La radio acaba de decir que todo el mundo debe permanecer en casa.

No tenía ningún sentido. No podía dejar que mi hijo de doce años pasara la noche fuera de casa en semejante día. Cualquiera que conociera Ruanda sabía que pasarían cosas terribles.

—¿Y aquí, va todo bien? —inquirí indicando la casa con la barbilla.

Vivíamos con una familia hutu. Eran correctos, pero el hijo, un miliciano interahamwe fanático, solía ponerse desagradable con nosotros. Un día lo sorprendí hurgando en nuestras pertenencias. Cerré la puerta y le dije: «Defiéndete, mocoso.» Le gusta sacar el pecho para impresionar a las chicas del barrio, pero no sabe pelear. Le di una paliza que no olvidará nunca. Supongo además que se habrá acordado mucho de ella en estas últimas horas. Sí, para ellos ha llegado también el momento de ajustar las pequeñas cuentas como ésta. Cada interahamwe tiene probablemente su lista de amigos tutsis por liquidar.

—¿Los vecinos? No me han dirigido la palabra en toda la tarde —declaró Séraphine.

—¿Y está nuestro joven imbécil?

—No grites, Michel, te lo ruego. Ha desaparecido.

Deduje que era de los que instalaban barricadas en todos los cruces de la ciudad.

Séraphine quiso añadir algo pero se contuvo en el último momento.

La situación era cada vez más clara, pero no quería angustiarse más.

—No te preocupes, Séra, el mundo entero los observa, no podrán hacer nada.

—¿Tú crees?

—Pues claro.

En mi foro interno sabía que no era cierto. Pronto comenzaría la Copa del Mundo de fútbol en Estados Unidos. Al planeta no le interesaba nada más. Y de todas maneras, pasara lo que pasara en Ruanda, para la gente siempre sería la misma vieja historia de negros que se cascan. Los mismos africanos dirían, en el descanso de cada partido: «Nos avergüenzan, deberían dejar de matarse entre ellos así.» Luego se pasaría a otro tema: «¿Habéis visto el pase acrobático que ha hecho Kluivert?» Lo que digo no es un reproche. Yo mismo he visto a menudo por la tele escenas difíciles de soportar: unos tipos vestidos con monos holgados sacando cuerpos de un osario; recién nacidos que unos desconocidos arrojan bromeando dentro de unos hornos de panadería; mujeres jóvenes que se untan el cuello con aceite antes de acostarse. Dicen: «Así, cuando vengan los degolladores, la cuchilla dolerá menos.» Sufría sin sentirme verdaderamente implicado. No me daba cuenta de que, si las víctimas gritaban tan fuerte era para que yo las oyera, yo y los demás millares de personas en la Tierra, y que tratáramos de hacer cuanto estuviera en nuestras manos para que cesaran sus sufrimientos. Siempre ocurría tan lejos, en países al otro lado del mundo... Pero en aquel principio de abril de 1994, el país al otro lado del mundo era el mío.

Mi conversación con Séraphine había tenido lugar en la calle. Me dijo:

—Entra al menos unos minutos, los niños se pondrán contentos al verte.

—¿Aún no están acostados? Son las once de la noche.

—El maestro les ha anunciado que mañana no tienen clase. Así que...

—Bueno, voy a hacerles rabiarse un poco.

Acababa de percatarme de que era como si brusca-mente nos diera miedo nuestra casa. Entré. Las persianas de los vecinos estaban herméticamente cerradas. Escuchaban esa radio de las Mil Colinas que lanza, desde hace meses, llamadas al asesinato completamente insensatas. Era una novedad eso. Hasta entonces, habían seguido aquellas estúpidas emisiones a escondidas. Encontré a los niños en el salón. Mientras jugaba con ellos, me acordé del señor que lloraba silenciosamente en el autocar. Luego salí otra vez para ir en busca de Jean-Pierre. También tenía intención de pasarme un momento por la tienda para poner a salvo ciertos objetos preciosos que se me había confiado. Los saqueadores podían entrar en acción en cualquier momento. Los saqueos y uno o dos millares de muertos serían un mal menor. No exagero. Hace tiempo que este país se ha vuelto completamente loco. De todas maneras, esta vez, los asesinos tenían un magnífico pretexto: la muerte del presidente. No confiaba en que se contentarían sólo con un poco de sangre.